

# REALIDAD Y RESPONSABILIDAD DEL PECADO SEGUN LA CONST. PAST. «GAUDIUM ET SPES» DEL CONCILIO VATICANO II

JUAN RAMON AREITIO

El Magisterio de la Iglesia ha lamentado con frecuencia la pérdida del sentido del pecado entre los hombres<sup>1</sup>, haciendo notar que «la mentalidad de nuestro tiempo no sólo rehusa considerar el pecado como lo que es, sino incluso hablar de él»<sup>2</sup>. Es bien conocida esta situación, en la que está presente un oscurecimiento de la ofensa a Dios que entraña el pecado, junto a un rechazo de la responsabilidad individual que entraña.

Ante ella era lógico que el Concilio Vaticano II, que se propuso «manifestar a los hombres de estos tiempos la verdad de Dios pura e íntegra, de tal forma que todos la entiendan con claridad y la sigan con agrado»<sup>3</sup>, se detuviera y reafirmara solemnemente la doctrina de la Iglesia sobre el pecado. Y así, en la Primera Parte de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*<sup>4</sup>, en la que «la Iglesia expone su doctrina del hombre, del mundo y de su propia actitud

---

1. Ya en 1946 Pío XII afirmaba: «Forse oggi il più grande peccato del mondo è perdere il senso del peccato». *Radiomensaje*, 26-X-1946, en *Discorsi e radiomessaggi*, vol. II, p. 584.

2. *Discurso*, 8-III-1972, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. X, 1973, p. 223.

3. «*Integram ac puram Dei veritatem huius aetatis hominibus sic proferre studebimus ut eam ipsi intellegant eique libenter assentiant*». *Patres S. Concilii ad universos homines*, n. 2 (*Acta Synodalia Sacrosanti Concilii Oecumenici Vaticani II*, vol. I, pars I, p. 231, Typis Polyglottis Vaticanis). En adelante, abreviaremos el título y datos de edición, escribiendo solamente *Acta Synodalia*.

4. Citaremos esta Constitución con la abreviatura GS, seguida del número y, con letras —a, b, c, etc.— el párrafo correspondiente. Ofrecemos una traducción propia, en la que hemos tenido en cuenta otras versiones castellanas. Por esta razón, daremos también el texto latino correspondiente, tomado de AAS 58 (1966), pp. 1.067-1.072.

ante ambos»<sup>5</sup>, se dedicó el n. 13 del Capítulo I al pecado y a su liberación por Cristo<sup>6</sup>.

### 1. El n. 13 de la Const. Past. «*Gaudium et spes*»

Antes de deternos en su contenido, es interesante recordar cómo se llegó a su redacción definitiva: las variaciones sufridas en la redacción de los diferentes Esquemas de la Constitución ayudan a comprender mejor las afirmaciones que se continenen en él, así como la relevancia que los Padres conciliares quisieron otorgarles.

Ya en el Esquema I<sup>7</sup> —de los sucesivos Esquemas de esta Constitución propuestos al estudio y aprobación de los Padres del Concilio— el n. 8 del Capítulo I, titulado: «Quantum homo peccator indigeat Salvatore mundi», consideraba ampliamente la realidad del pecado y sus consecuencias en la vida del hombre<sup>8</sup>.

En el Esquema II<sup>9</sup> —que, ante la insistente petición de los Padres y el mandato de la autoridad competente, sintetiza en una nueva redacción el texto del Esquema I y los temas expuestos en sus Anexos<sup>10</sup>— desaparece por completo la exposición sobre el pecado. Permanecen solamente dos breves referencias en los nn. 11 y 15 del Capítulo I<sup>11</sup>.

5. «In parte quidem priori, Ecclesia doctrinam suam evolvit de homine, de mundo in quo homo inseritur, et de habitudine sua ad ipsos» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars VII, p. 740, nota 1 Ad titulum).

6. *Acta Synodalia*, vol. IV, pars VII, p. 748.

7. Tras varias correcciones y nuevas redacciones, se entregó a los Padres el 3 de julio de 1964. Constaba del Esquema propiamente dicho y unos Anexos.

8. Cfr. *Acta Synodalia*, vol. III, pars V, p. 121. La amplitud del tratamiento concedido a la doctrina del pecado se desprende de la Relación de Mons. Guano sobre las razones por las que se elaboró el Esquema. En ella se quiere exponer la mente de la Comisión Mixta, que lo propone para su estudio y aprobación, sobre su contenido (Cfr. *Acta Synodalia*, vol. III, pars V, p. 210). Al hablar del *Ordo Schematis*, dice: «46. At, pro dolor, peccatum hominem devellit ab amicitia Dei, maleficum exemplum exercendo in totum hominem et per eum in mundum circumiacentem. Propter hoc homo indiget Christo Salvatore mundi» (*Acta Synodalia*, vol. III, pars V, p. 210).

9. Fue enviado a los Padres Conciliares el 28 de mayo de 1965.

10. Así se señala en la Relación General que acompañaba al Esquema II, cuando habla de la amplitud del nuevo texto: «Quamquam vero, ex instanti petitione plurium Patrum necnon ex iussu auctoritatis competentis, argumenta in adnexis antea exposita in nova redactione resumuntur, textus praesens paulo brevior fit...» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars I, p. 524).

11. El n. 11 (*De homine ad imaginem Dei*) dice así: «Homini in peccato lapso misericordiam amoris (Deus) non denegavit» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars I, p. 443).

Esta ausencia fue explicada indirectamente por la Relación que presentaba el texto del Esquema en el Aula Conciliar. Se había procedido así, pensando atender a la petición general de los Padres de sentar las bases de una Antropología cristiana<sup>12</sup> como elemento esencial del Esquema<sup>13</sup>, y a su insistencia en que no se perdiera de vista que el Documento se destinaba no sólo a los cristianos, sino a todos los hombres<sup>14</sup>. Con estas bases, se redactó el Capítulo I, titulado: «De humanae personae vocatione», con la ausencia mencionada<sup>15</sup>.

Sin embargo, sometido el Esquema a discusión en el Aula Conciliar, las conclusiones del debate, recogidas en la Relación conclusiva, muestran que no fue aquel el parecer de los Padres conciliares, que señalaron entonces tres graves censuras a la Primera Parte

---

El n. 15 (*De praestantia libertatis*) dice: «Vita christiana (...), a baptismo usque ad definitivam resurrectionem in Christo, non est nisi indesinens e servitute peccati ereptio, et quoties Spiritus ad ostium cordis nostri pulsatur, ad libertatem filiorum Dei nos etiam invitat» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars I, p. 445).

12. En la Relación que acompañaba al Esquema, al comentar brevemente el contenido de cada una de sus Partes, señala con referencia a la Primera: «Pars illa quendam doctrinam generaliore exponit quae fundamentum theologicum praebeat sequentibus capitibus, ut enixe a Patribus postulabuntur. Ex duobus elementis essentialiter constat: nempe ex *anthropologia* sub lumine fidei exposita et ex *cosmologia*. Quod certissime animadversionibus plurimorum Patrum respondet» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars I, p. 530).

13. *Relatio Generalis Exc.mi G. Garrone*: «Etenim praesentem mundi conditionem inspicienti statim apparet in quaestionibus, (...) nodum intimiorem, plus minus explicitum sed semper vivum, esse *problema de ipso homine*. Hoc enim saepius advertendum Patres dixerunt qui «Anthropologiam christianam» ut elementum essentielle schematis postularunt» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars I, p. 555).

14. *Ibidem*: «De modo dicendi, praesertim in hac priori parte Schematis, non minor erat difficultas. Haec enim pars de doctrina fidei formaliter agit; atque ita praestanda erat haec doctrina ut voluntati Concilii de destinariis consonaret, ut scilicet christiani quidem respiciantur imprimis sed expresse et omnes homines, ita ut, quae dicuntur non tantum christianis sed universis hominibus intelligibilia forent: hoc expresse a pluribus Patribus et a Commissione Coordinationis requisitum erat» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars I, p. 557).

15. Esta ausencia fue advertida, y pedida su sanación en una nueva redacción, entre otros Padres, por el Card. Köenig, en su intervención en el Aula Conciliar: «a) Specialis difficultas argumentandi, qua schema laborat, est diversitas hominum quos alloquitur. Ex eo aa) periculum alicuius reductionis veritatis propter desiderium alloquendi etiam homines non credentes. Schema ergo procedat ex pleno conceptu biblico «mundi», «homines», «historiae», ita ut talis conceptus totam expositionem pervadant: peccatum, veritas crucis, neccessitas penitentiae, spes resurrectionis cum Christo suum locum habere debent. Ita realitas hominis verius attingitur et periculum evitatur ne promittamus paradisum in terra, et solutionem omnium problematum, ut ita dicam, quod nonnisi in statu finali attingi potest» (*Acta Synodalia*, vol. VI, pars II, p. 27).

de la nueva redacción: el tono demasiado filosófico de su contenido; la visión optimista del mundo, incompatible con el oscurecimiento debido al pecado; y el olvido de que la vida del hombre sobre la tierra es lucha junto a Cristo contra el pecado y el Maligno<sup>16</sup>.

Con estas y otras observaciones no menos importantes, se aprobó el texto presentado<sup>17</sup>. La reelaboración del texto del Esquema II de acuerdo con estas observaciones, dio lugar al Esquema III<sup>18</sup>. En él aparece un número, el n. 13, titulado: «De peccato»<sup>19</sup>, al que la Relación que acompaña al Esquema presenta diciendo: «Ha sido introducido un número totalmente nuevo sobre el pecado según los insistentes deseos de muchos Padres»<sup>20</sup>. Se resuelve así una de las censuras más importantes que se hicieron a la anterior redacción del texto<sup>21</sup>.

Tras una nueva revisión, de acuerdo con los Modos de la votación del 16 de noviembre de 1965 que aprobó el Esquema III<sup>22</sup>, se redactó el Esquema IV, que fue el definitivo. En esta nueva re-

16. «*Quoad primam partem*. Tres frequentiores et graviore censuræ factæ sunt, quæ de facto conveniunt: textus enim nonnumquam nimis «philosophice» agere dictus est, nimis in notionibus sic dictis naturalibus immorans; et inde nimis candide «optimisticus» erga mundum realiter et multifarie pravum, peccato nempe obnoxium; nimis tandem «staticus» et istius notæ «dramaticus» expers, quæ ipsi competeret, cum vita hominis in mundo colluctatio sit cum Christo contra peccatum et contra Malignum. Non dubitare licet animadversiones istas, instantè repetitas, verum defectum manifestare» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars III, p. 737).

17. En la votación que tuvo lugar el 23 de septiembre de 1965 se aprobó el texto del Esquema, pasándose a discutir cada uno de los capítulos por separado. Cfr. *Acta Synodalia*, vol. IV, pars II, p. 403.

18. Fue entregado de nuevo a los Padres el 13 de noviembre de 1965.

19. *Acta Synodalia*, vol. IV, pars IV, pp. 434-435.

20. «Numerus totaliter novus introductus est de peccato secundum desideria plurium Patrum. Quæstio introducta est in initio capitis secundum desiderium Patrum» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars IV, p. 443).

21. Así se reconoció en la Relación que presentaba el nuevo texto al Aula Conciliar: «De prima autem parte, liceat hic aliqua presentare. Sperat Commissio a Patribus agnitionem iri in claritate progressum. Sed etiam et praesertim patebit, ut speramus, quomodo iam ipsum fidei lumen totam expositionem intime permeare incipiat. Iam ab initio, mysterium christianum plene aperitur. Nec velatur peccati mysterium quod statim descriptionem hominis suo signo notat. Inde optimismus iste exagerratus, a pluribus Patribus denunciatus, iam non retinetur; agnoscuntur etiam omnes illae depravationes et ambiguitates quæ a peccato resultant in usu illorum valorum qui a Deo creante procedunt; invenitur tandem maior supernaturalis et propheticus spiritus qui in priore textu deficere visus est. Sic tollitur, simul cum litterario defectu, maxima censura schemati opposita in sua priori redactione» (*Acta Synodalia*, vol. IV, pars VI, p. 422).

22. Cfr. *Acta Synodalia*, vol. IV, pars VI, pp. 579-581.

visión el n. 13 no sufrió apenas variación en su contenido<sup>23</sup>. La Constitución fue promulgada solemnemente por Pablo VI el 7 de diciembre de 1965.

## 2. *La experiencia de la realidad del pecado*

Una de las cosas que resalta en la breve historia reseñada del n. 13 de la Const. Past. *Gaudium et spes* es el interés de los Padres Conciliares por subrayar la importancia de no oscurecer la conciencia del pecado en la vida personal y social del hombre moderno. Ciertamente el pecado es una realidad siempre presente en la historia de la humanidad, pues ya en el mismo exordio de la historia, el primer hombre se levantó contra Dios<sup>24</sup>, y desde entonces se cumplen en cada persona humana las palabras del Apóstol San Juan: «Si dijéramos que no tenemos pecado, a nosotros mismos nos engañamos, y la verdad no está en nosotros»<sup>25</sup>. En cambio, constituye una cierta novedad que ese autoengaño, contra el que previene el Apóstol, se haya extendido amplísimamente en los últimos tiempos y que, como afirma Juan Pablo II, continúe existiendo hoy «la tendencia a eliminar el sentido de la culpa y la realidad del pecado»<sup>26</sup>. Muestra notable y reveladora de esa extensión es la búsqueda ininterrumpida de justificaciones y pretextos, incluso a las trasgresiones más evidentes de la ley divina<sup>27</sup>, para soslayar la responsabilidad de las ofensas a Dios, de la culpa personal, a la propia conciencia.

La consecuencia de esa resistencia a aceptar la propia responsabilidad —que conlleva además la autoexclusión del único remedio del pecado: su reconocimiento y contricción— es precisamente la cancelación del sentido del pecado en la vida personal del hombre.

---

23. Cfr. *Correctiones admisae et quaesita*, In Capite I, Primae Partis, *Acta Synodalia*, vol. IV, pars VII, p. 321.

24. Cfr. GS 13 a.

25. 1 Ioh. 1, 6.

26. *Homilia*, 21-XI-1981, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. IV-2, p. 703.

27. Así, por ejemplo, decía Juan Pablo II a los jóvenes de Bolonia: «... se llama "humanismo" a lo que es, en cambio "el pecado". Son demasiado fáciles, por desgracia, los ejemplos que se podrían aducir a este respecto: ...el privar de la vida al hombre no-nacido se llama "humanismo", se considera señal de progreso, de emancipación, que estaría incluso conforme con la dignidad humana». *Discurso*, 18-IV-1982, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. V-1, p. 1.238.

Sin embargo, aunque pudiera borrarse del pensamiento humano, a nivel teórico, la verdad del pecado, no por eso se conseguiría hacerlo desaparecer de la experiencia personal de cada hombre. La Const. *Gaudium et spes*, cuando presenta a todos los hombres —creyentes o no<sup>28</sup>— la doctrina de la Iglesia sobre el pecado, se remite a la constatación psicológica, sociológica e histórica de esa experiencia: «Lo que la Revelación divina nos dice, coincide con la experiencia. En efecto, el hombre, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males que no pueden tener origen en su Santo Creador (...) Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas»<sup>29</sup>.

Todo hombre es consciente de ello, pues experimenta en sí mismo una «íntima división»<sup>30</sup>, fruto del pecado, que se manifiesta de múltiples maneras, en razón de los diversos efectos y consecuencias del pecado. «Es una inquietud múltiple caracterizada precisamente por el miedo al porvenir, de una posible autodestrucción de la humanidad, y luego también, más en general, por un cierto tipo de civilización materialista, que pone el primado de las cosas sobre las personas, y además por el miedo a ser víctimas de violencias y opresiones que priven al hombre de su libertad interior y exterior»<sup>31</sup>. La Constitución conciliar describe gráficamente esta situación diciendo que el hombre «se siente incapaz de dominar por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse aherrojado entre cadenas»<sup>32</sup>. Y con razón, pues son muchos los males que asolan al hombre, y cuando pretende luchar contra ellos desde su propia limitación, «está amenazado de caer en la resignación y el miedo, en la protesta ante la existencia, o a refugiarse, en último caso, en peligrosas utopías, sin extirpar de raíz el mal del hom-

28. Cfr. nota 14.

29. GS 13 a-b: «Quod Revelatione divina nobis innotescit, cum ipsa experientia concordat. Nam homo, cor suum inspiciens, etiam ad malum inclinaturn se comperit et in multiplicibus malis demersum, quae a bono suo Creatore provenire non possunt (...) Tota vita hominum, sive singularis, sive collectiva, ut luctationem et quidem dramaticam se exhibet inter bonum et malum, inter lucem et tenebras».

30. GS 13 b: «...in seipso divisus est homo».

31. JUAN PABLO II, *Homilia*, 25-I-1981, n. 4, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. IV-1, p. 171; cfr. Enc. *Dives in misericordia*, n. 11, AAS 72 (1980), pp. 1.202-1.203.

32. GS 13 b: «... incapacem se invenit homo per seipsum mali impugnationes efficaciter debellandi, ita ut unusquisque se quasi catenis vinctum sentiat».

bre»<sup>33</sup>, el pecado. Ante esa impotencia, el Concilio propone al hombre moderno la única y verdadera vía de solución: Cristo, que libera y vigoriza al hombre, renovándole interiormente y librándole de la esclavitud del pecado<sup>34</sup>.

Al constatar los graves desórdenes presentes en cada hombre y en la sociedad, los Padres conciliares no buscaban solamente una toma de conciencia general de los límites de la persona humana, sino de plantear la verdadera raíz de todos ellos: el pecado, por el que «rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación»<sup>35</sup>. El Concilio no pretendió una resignación del hombre ante su propia limitación o un simple reconocimiento de la misma, sino que repite al hombre de hoy aquel grito del Señor al comienzo de su predicación: «Arrepentíos y creed en el Evangelio»<sup>36</sup>. Enfrentando al hombre con la experiencia de las consecuencias del pecado, le invita al reconocimiento y a la aceptación de la responsabilidad de las propias culpas ante Dios, a la penitencia, como único camino para la renovación del propio hombre y del mundo.

### 3. *La responsabilidad individual de los pecados*

Todo intento de desterrar el sentido de pecado en el hombre es la señal más evidente de su existencia, pues tal intento sólo puede ser fruto de la posesión de la libertad. En efecto, sin ella no podría negarse la criatura humana a reconocer algo que la experiencia le pone ante los ojos cada día, en sí misma y en los demás.

Por eso, en estos tiempos en que la libertad es considerada como valor fundamental de la persona humana, el Concilio ha presentado con oportunidad y acierto el pecado como «abuso de la libertad»<sup>37</sup>, con una descripción de la esencia del pecado que, siendo bien comprensible para el hombre moderno, refleja con claridad su

---

33. JUAN PABLO II, *Discurso* (a los Obispos de Alemania), 21-I-1983, n. 3, en «L'Osservatore Romano», 22/23-I-1983, p. 2.

34. Cfr. GS 13 b.

35. GS 13 a: «... etiam debitum ordinem ad finem suum ultimum, simul ac totam suam sive erga seipsum sive erga alios homines et omnes res creatas ordinationem disruptit».

36. Mc 1, 15.

37. GS 13 a: «Libertate sua abusus est».

gravedad y la responsabilidad personal que entraña, toda vez que la libertad es su causa única y exclusiva.

Al tratar de la libertad humana, la Constitución conciliar afirma que «Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión (cfr. *Eccli.* 15, 14), para que así busque espontáneamente a su Creador, y, adhiriéndose libremente a El, alcance la plena y bienaventurada perfección»<sup>38</sup>. Toda la grandeza y la dignidad de la libertad se reflejan en estas palabras: un don de Dios al hombre, que consiste esencialmente en la aptitud para conocer los designios divinos sobre él y autodeterminarse personalmente a concretarlos en sus obras, para así alcanzar su último fin<sup>39</sup>. Pero, negativamente, se entrevé también la trágica posibilidad que el hombre tiene de abusar de ese don divino, precisamente para apartarse de Dios por el pecado.

Dios ha querido correr con el hombre el riesgo de la libertad. A diferencia de las demás criaturas del universo material, por razón de su dignidad —es decir, por estar dotado de razón y voluntad libre—, Dios ha enaltecido al hombre con una responsabilidad personal, exclusiva e intransferible sobre su vida<sup>40</sup>. Le ha creado responsable del uso y también del abuso de la libertad, pues sólo él, en la profunda interioridad de su corazón, «personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino»<sup>41</sup>, en cada una de sus obras.

Es cierto que en el ejercicio de su libertad sufre muchas influencias, pero ninguna de ellas es decisiva ya que, por su misma naturaleza espiritual, es él y sólo él quien decide en último término su comportamiento<sup>42</sup>. Se entiende bien así que «cada cual tendrá que dar cuenta de su vida ante el tribunal de Dios, según la con-

38. GS 17 a: «Voluit enim Deus hominem "relinquere in manu consilii sui" (cfr. *Eccli* 15, 14), ita ut Creatorem suum sponte quaerat et libere ad plenam et beatam perfectionem ei inhaerendo perveniat».

39. Cfr. R. GARCÍA DE HARO, *Cuestiones fundamentales de Teología Moral*, EUNSA, Pamplona, 1980, pp. 171-242, páginas en las que se contiene un sugerente estudio de la esencia de la libertad.

40. CONC. VATICANO II, Decl. *Dignitatis humanae*, n. 2: «Secundum dignitatem suam homines cuncti, quia personae sunt, ratione scilicet et libera voluntate praediti ideoque personali responsabilitate aucti...».

41. GS 14 b: «... et ubi (in corde) ipse (homo) sub oculis Dei de propria sorte decernit».

42. Cfr. *Ibidem*.



ducta buena o mala que haya observado»<sup>43</sup>. Si Dios no hubiera hecho al hombre administrador responsable de su libertad, no podría pedirle después que rindiera cuentas de la administración de ese don divino<sup>44</sup>.

El Concilio, al presentar el pecado como abuso de la libertad, indica el doble aspecto de la responsabilidad que el hombre tiene de sus obras libres y, por tanto, de sus pecados: en cuanto que le son imputables, pues «Dios dejó al hombre en manos de su propia decisión»<sup>45</sup>; y en cuanto que tiene que dar cuenta a Dios del ejercicio de la libertad, pues le ofende con su abuso y le da gloria con su buen uso. Remarcando esta responsabilidad individual<sup>46</sup>, los Padres Conciliares salían al paso de la pérdida del sentido del pecado en la sociedad moderna. Aún más, señalándola como un enaltecimiento querido por Dios de la criatura humana sobre las demás criaturas del mundo material, es decir, como algo perteneciente a la dignidad de la persona humana, afirmaron también, indirectamente, que la huída de esa responsabilidad rebaja al hombre en su dignidad y que, por el contrario, su reconocimiento y aceptación, camino obligado en la búsqueda del perdón divino, constituyen el comportamiento más verdaderamente humano, más acorde con su dignidad. Esta verdad ha sido recordada por Juan Pablo II en su discurso al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de Obispos, reunido para preparar el documento de trabajo para el próximo Sínodo: «La posibilidad de acoger el don de Dios, mediante una sincera conversión, es signo de la dignidad del hombre. En realidad, asumiendo la responsabilidad de las propias culpas, el hombre prueba el valor de la propia libertad, herida sí, pero reparada por Cristo. Porque si el pecado y la culpa no fuesen reconocidos por lo que son a los ojos de Dios, entonces se pondría en peligro lo que hay de más humano en el propio hombre»<sup>47</sup>. En efecto, si el hombre se obstina en no reconocer el pecado como ofensa a Dios y en olvidar su responsabilidad, falta la verdad en su vida. No puede en-

---

43. GS 17 a: «Unicuique autem ante tribunal Dei propriae vitae ratio reddenda erit, prout ipse sive bonum sive malum gesserit».

44. Cfr. Lc 16, 2; Mt 25, 31-46.

45. GS 17 a: «Vult nim Deus hominem «relinquere in manu consilii sui» (cfr. Eccli 15,14)».

46. CONC. VATICANO II, Decl. *Dignitatis humanae*, n. 7: «In usu omnium libertatum observandum est principium morale responsabilitatis personalis et socialis».

47. *Discurso*, 30-X-1982, n. 4, en «L'Osservatore Romano», 31-X-1982, p. 1.

tonces llegar a comprender el fondo de su actuación<sup>48</sup> y termina, con frecuencia, negando la propia libertad, el don divino que es signo de su dignidad superior. «Oscurecieron su corazón, dice el Concilio, y prefirieron servir a las criaturas y no al Creador»<sup>49</sup>.

#### 4. *El pecado y las estructuras sociales*

Ante las solicitudes que el hombre encuentra para el pecado en la vida social, no han faltado quienes han querido vez en las mismas estructuras sociales —económicas, políticas, culturales, etc.— una disminución de la responsabilidad individual, toda vez que esa influencia es a veces fuerte y dura de contrarrestar<sup>50</sup>. Sin embargo, aceptar una postura semejante equivaldría a negar al hombre la dignidad de su libertad y por consiguiente de su responsabilidad, que se hace descargar sobre las estructuras sociales en las que se desenvuelve su existencia.

Por el pecado el hombre rompe no sólo su ordenación a Dios, sino «también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la Creación»<sup>51</sup>. Constituido por Dios «señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios»<sup>52</sup> mediante su libertad, el hombre abusó de ella buscando su gloria y no la gloria divina, con el resultado de su esclavizamiento a aquellas criaturas de las que hubiera debido ser señor<sup>53</sup>. Y así, lo que vio Dios ser «muy bueno»<sup>54</sup>, fue convertido por el hombre, al oscurecer su corazón<sup>55</sup>, en ocasión de pecado para sí mismo en lugar de ocasión de dar gloria a Dios.

En este sentido, al tratar de la interdependencia entre la persona humana y la sociedad, la Const. *Gaudium et spes* hace notar

48. Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso* (a los Obispos de Baviera), 28-I-1983, n. 6, en «L'Osservatore Romano», 29/30-I-1983, p. 1.

49. GS 13 a: «... obscuratum est insipiens cor eorum et servierunt creaturae potius quam Creatori».

50. Cfr. GS 4-10. En estos números, que constituyen la «Expositio Introductiva», se muestra ampliamente la situación del hombre en el mundo de hoy.

51. GS 13 a: «... etiam debitum ordinem ad finem suum ultimum, simul ac totam suam sive erga seipsum sive erga alios homines et omnes res creatas ordinationem dirupit».

52. GS 12 c: «... creatum esse (...) ab eo tamquam dominum super omnes creaturas terenas constitutum, ut eas regeret, eique uteretur, glorificans Deum».

que, si bien el hombre recibe muchos bienes de la vida en sociedad, «no se puede negar que las circunstancias en que vive y en que está como inmerso desde su infancia, con frecuencia le apartan del bien y le inclinan al mal»<sup>56</sup>. Sin embargo, el ambiente social aunque puede incitar al pecado, nunca lo determina. «Es cierto, afirma la Constitución conciliar, que las perturbaciones que tan frecuentemente agitan la realidad social —y que son ocasión de pecado—, proceden en parte de las tentaciones propias de las estructuras económicas, políticas y sociales»<sup>57</sup>, pues el hombre, por la limitación que entraña su condición de criatura, es incapaz de desarrollar un orden social perfecto en sí mismo<sup>58</sup>. Pero la causa más profunda de esas perturbaciones ha de buscarse en «la soberbia y el egoísmo humanos, que trastornan también el ambiente social»<sup>59</sup>.

Es el hombre mismo quien, por sus pecados, subvierte la ordenación divina de la creación en tal modo que se vuelve contra sí mismo cuando trata de imponer un orden —el desorden del pecado— que encontraría las más profundas exigencias de la naturaleza de las cosas creadas<sup>60</sup>. Y entonces, «cuando la realidad social se ve viciada por las consecuencias del pecado, el hombre, inclinado ya al mal desde su nacimiento, encuentra nuevos estímulos para el pecado»<sup>61</sup>.

---

53. Cfr. GS 13 a: «Cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, sed obscuratum est insipiens cor eorum et servierunt creaturae potius quam Creatori».

54. Gen 1, 31.

55. Cfr. Rom 1, 21-25.

56. GS 25 c: «... negari tamen nequit homines ex adiunctis socialibus in quibus vivunt et, inde ab infantia, immerguntur, saepe a bono faciendo averti et ad malum impelli».

57. GS 25 c: «Certum est perturbaciones, tam frequenter in ordine sociali occurrentes, ex ipsa formarum oeconomicarum, politicarum et socialium tensione pro parte provenire».

58. Así se señala en GS 26 c: «Ordo ille (socialis) in dies evolvendus», en cuanto que el orden social no se constituye de una vez y para siempre, «sed ad aequabilitatem cotidie humaniorem est componendus» (JUAN XXIII, Enc. *Pacem in terris*, AAS 55 (1963), p. 266). Cfr. *Acta Synodalia*, vol. IV, pars I, p. 525.

59. GS 25 c: «Sed penitus ex hominum superbia et egoismo oriuntur, quae etiam ambitum socialem pervertunt».

60. Cfr. 37 c: «... Ecclesia Christi, Creatoris consilio fidens, dum agnoscit progressum humanum verae hominum felicitati inservire posse, non potest tamen quin illud Apostoli resonare faciat: «Nolite conformari huic saeculo» (Rom 12,2), illi scilicet vanitatis et malitiae spiritui qui humanam navitatem, ad servitium Dei et hominis ordinatam, in instrumento peccati trasmutat».

61. GS 25 c: «Ubi autem ordo rerum sequelis peccati afficitur, homo, proclivis ad malum natus, nova deinde ad peccatum incitamenta invenit...».

Tampoco entonces queda la persona humana a merced de las estructuras sociales. Por su libertad, aún herida por el pecado<sup>62</sup>, puede evitar el mal, pero «con denodado esfuerzo ayudado por la gracia»<sup>63</sup>. «En el inviolable santuario del corazón humano, decía recientemente Juan Pablo II, está en juego el papel que cada uno debe desempeñar en la historia del hombre: de parte del amor y de la paz, o bien de parte del odio y de la guerra»<sup>64</sup>. En ese corazón es donde puede ponerse remedio al drama que ha atormentado la historia entera y que atormenta también nuestra época, desgarrada por tantas tensiones, injusticias, divisiones y violencias. Cuando el hombre se decide a seguir a Cristo, cuando reconoce sus pecados y se abre a la gracia divina, Cristo le sana precisamente allí donde está enfermo «de ese mal contagioso que crea el desequilibrio en el mundo entero: el egoísmo, la envidia, la voluntad de poder»<sup>65</sup>; en su propio corazón, que es de donde proceden los verdaderos males del hombre<sup>66</sup>.

\* \* \*

A través del Concilio Vaticano II, la Iglesia lanzó al hombre contemporáneo un llamamiento al reconocimiento de la realidad del pecado en su vida y a la responsabilidad personal ante sus culpas. Es esta una llamada a que no eluda su verdadera libertad y su auténtica dignidad, y responda a la invitación de Cristo: «Convertíos y creed en el Evangelio»<sup>67</sup>. La proclamación del Año Santo Extraordinario de la Redención da un nuevo realce a esta doctrina del Concilio, que encuentra su acabamiento en la contemplación del «Dios de la misericordia y del amor benigno», (...) constante e inagotable fuente de conversión»<sup>68</sup> para todos los hombres.

62. Cfr. GS 17 a: «... libertas hominis, a peccato vulnerata...».

63. GS 25 c: «... nova deinde ad peccatum incitamenta invenit, quae sine strenuis conatibus, gratia adiuvante, superari nequeunt». Cfr. GS 37 b.

64. *Discurso* (al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de Obispos), 30-X-1982, n. 4, en «L'Osservatore Romano», 31-X-1982, p. 1.

65. *Ibidem*.

66. Mt 15, 1 y ss.

67. Mc 1, 15.

68. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, n. 13, AAS 72 (1980), p. 1.219.